

Arte, Belleza, Abstracción
Miradas Atentas

COLECCIÓN BIBLIOTHECA SALMANTICENSIS

Serie Filosofía 9

DIRECCIÓN – COORDINACIÓN EDITOR-IN-CHEF

Ana María Andaluz Romanillos – Universidad Pontificia de Salamanca, España

CONSEJO ACADÉMICO – ACADEMIC ADVISORY BOARD

Sixto J. Castro (Universidad de Valladolid, España)

Juan José García Norro (Universidad Complutense de Madrid, España)

Mauricio Beuchot Puente (UNAM, México)

Fernando Broncano Rodríguez (Universidad Carlos III de Madrid, España)

Jesús Conill Sancho (Universidad de Valencia, España)

Adela Cortina Orts (Universidad de Valencia, España)

John Cottingham (University of Reading/University of London / Oxford University, Reino Unido)

Dulce María Granja Castro (UNAM, México)

Diego Gracia Guillén (Universidad Complutense de Madrid, España)

Danièle Moyal-Sharrock (University of Hertfordshire, Reino Unido)

Jesús Padilla Gálvez (Universidad de Castilla La Mancha, España)

Chon Tejedor (University of Hertfordshire, Reino Unido)

Nuria Sánchez Madrid (Universidad Complutense de Madrid, España)

Jesús Vega Encabo (Universidad Autónoma de Madrid, España)

Nuno Venturinha (Universidade Nova de Lisboa, Portugal)

BIBLIOTHECASALMANTICENSIS
Serie Filosofía 9

ARTE, BELLEZA, ABSTRACCIÓN
MIRADAS ATENTAS

RICARDO PIÑERO MORAL

COEDICIÓN
UPSA EDICIONES
EDITORIAL SINDÉRESIS

SALAMANCA
2025

Esta Editorial es miembro de la Unión de Editoriales Universitarias Españolas (UNE), lo que garantiza la difusión y comercialización nacional e internacional de sus publicaciones.



PIÑERO MORAL, Ricardo

Arte, belleza y abstracción : miradas atentas / Ricardo Piñero Moral .-- Salamanca: UPSA Ediciones ; Madrid : Editorial Sindéresis, 2025. -- 252 páginas : ilustraciones (color y negro) ; 24 cm. -- (Bibliotheca Salmanticensis. Filosofía ; 9)

Bibliografía al final de cada capítulo.

D.L.: S 11-2025. -- ISBN: 978-84-17601-95-9

1. Arte-Filosofía. 2. Pintura moderna-Siglo 19o. 3. Pintura moderna-Siglo 20o. I. Título. II. Serie.

7.01

75°18/19”

© UPSA Ediciones

Universidad Pontificia de Salamanca

Compañía, 5 • Teléf. 923 27 71 28

publicaciones@upsa.es • www.publicaciones.upsa.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com <<http://www.conlicencia.com>>; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

I.S.B.N.: 978-84-17601-95-9

Depósito Legal: S 11-2025

Portada: Robert Fludd: *Utriusque cosmi maioris scilicet et minoris Metaphysica, physica atque technica Historia* (1617). Detalle página 26 del libro <https://archive.org/details/utrusquecosmima01flud/page/n33/mode/2up>

© 2025, Editorial Sindéresis

Calle Princesa, 31, planta 2, puerta 2 – 28008 Madrid, España

info@editorialsinderesis.com

www.editorialsinderesis.com

ISBN: 978-84-10120-73-0

A quienes saborean el mundo
y nos prestan su mirada atenta.

A quienes contemplan lo evidente
y nos enseñan lo invisible.

Por eso... para ti Chus,
porque en tus ojos
siempre veo la paz que sueño,
y me acurruco en ellos.

ÍNDICE

Tiempos buenos, tiempos en crisis.....	11
La forma del color, el color de la vida: Vincent van Gogh.....	17
Tratar la naturaleza: Paul Cézanne.....	47
El poder de no representar: Kazimir Malevitch.....	81
Encarnar lo espiritual: Vasily Kandinsky.....	113
Hay quien hace lo visible: Paul Klee.....	141
Ver cada cosa en su verdad: Henri Matisse.....	173
Un arte del misterio: René Magritte.....	215
El mirar atento.....	251

Tiempos buenos, tiempos en crisis...

Los seres humanos soñamos con tener una buena vida, y esto no siempre significa aspirar a una vida buena. Las cosas que nos preocupan suelen ser aquellas que nos afectan de un modo directo, aquellas que condicionan o posibilitan que podamos alcanzar los fines que nos proponemos. He aquí algo muy propio de nuestra condición: más allá de cualquier imperativo biológico, tenemos la posibilidad de dotarnos a nosotros mismos de unos fines que elegimos, unas metas que orientan nuestras acciones y que contribuyen a que nuestra existencia sea única. Podría parecer algo accesorio y, sin embargo, esta capacidad de poder definir un fin y orientar los medios a nuestro alcance para lograrlo, constituye un rasgo específico de nuestra naturaleza. A diferencia de los animales, que obran encadenados a su instinto, nosotros podemos sobrevolar nuestras meras necesidades y atrevernos a satisfacer nuestros deseos de un modo completamente distinto a lo programado. Entran en juego aquí todas las dimensiones de lo humano, y se abren todas las grandes, cuestiones: la capacidad de conocer, la de comunicarnos, el libre albedrío, la voluntad, la libertad, el amor...

Algo muy humano, una actividad que permite que nos conozcamos mejor, que nos comuniquemos de muchas maneras, que ejemplifique nuestro no estar atados a nada ni a nadie, que sea muestra de un ejercicio sin trabas de nuestra voluntad y que manifieste de un modo operativo nuestra libertad, es eso que desde antiguo llamamos 'arte'. Desde sus orígenes, cuando los seres humanos hacemos arte, lo que en realidad hacemos es mostrar un modo único de estar en el mundo, una forma de construir ese mundo propio que deseamos generar. Ese hacer arte es una realidad que conecta con otra realidad, es un saber hacer que nos permite profundizar en el examen detenido de las cosas que nos rodean, y que posibilita la creación de sentido.

Los tiempos humanos son siempre tiempos en los que el arte está presente. Los tiempos humanos son siempre tiempos buenos porque, de un modo u otro, cuando hacemos arte lo que estamos creando no sólo es una vía de conocimiento de lo exterior, sino un modo de expresión de lo interior. La vida

humana es vida buena, entre otras cosas, porque es condición de posibilidad de un hacer peculiar, de un obrar único al que llamamos hacer arte. Esos tiempos buenos no dejan de serlo porque haya problemas, dificultades, contrariedades, desastres naturales, derrumbes financieros, burbujas inmobiliarias, políticos corruptos, pandemias... No. Los tiempos humanos son siempre buenos tiempos si son tiempos de crisis. Me explico. Una crisis no es una 'mala' coyuntura o una situación 'desfavorable'. No. Una crisis es un momento de especial interés para un ser humano, porque es ahí donde más puede hacer visible su valía en tanto que ser humano. 'Crisis' significa examinar detenidamente y, por tanto, poder llegar a penetrar mejor en los entresijos de todo lo que nos rodea. Crisis significa poner en cuestión aquello que nos ha sido dado y que deberíamos revisar con cuidadosa atención para dejarlo de lado, si no responde a algo realmente importante. Crisis significa tomar partido, asumir en primera persona, renovar y agitar nuestra conciencia para que cada uno de nosotros asuma el verdadero papel que le toca representar en la existencia. Crisis no es vivir a la deriva, sino todo lo contrario. Crisis es tener tan clara la meta que, a pesar de los vaivenes, uno no pierda el camino que lleva a ella, porque lo importante es vivir orientado.

El arte ha sido siempre una especie de brújula que nos permite mantener el rumbo, es algo tan nuestro que dice quiénes somos, qué deseamos, adónde hemos de poner rumbo. Sin embargo, hay algo que llama poderosamente la atención a propósito de la recepción de las obras de arte en casi todos los tiempos: los espectadores que contemplan el arte de su propio tiempo suelen manifestar una cierta extrañeza, cuando no una incomprensión con respecto a ese arte que se está haciendo. Ese arte nuevo, ese arte joven, ese arte contemporáneo suele ser, como nos recuerda Ortega y Gasset (1883-1955) 'impopular', y lo es, según el filósofo español, en virtud de un destino esencial. Es obvio que muchas de las obras de arte de los últimos ciento cincuenta años han suscitado divergencias de mayor o menor intensidad. Pero también es obvio que ante cualquier objeto artístico el juicio estético es soberano y dictamina: lo que a unos gusta, a otros no.

Este 'problema' de la diversidad del gusto -que más que un inconveniente 'artificial' es un hecho 'natural'- se hace más fuerte cuando ese juicio negativo se basa sobre todo en que aquello que observamos es despreciado porque no lo entendemos. Se abre así un abismo entre aquellos a quienes les gusta el

arte de su época -porque lo entienden- y lo disfrutan, y quienes lo desprecian -porque desconocen qué quiere expresar- y renuncian a intentar conectar con un objeto que les parece inerte. Si caemos en la tentación de considerar que sólo es arte -buen arte- aquel que nos resulta inmediatamente inteligible, quizás es porque desconocemos la auténtica naturaleza de lo artístico. Me gustaría que, por un momento, el lector hiciese un ejercicio sincero de introspección, y se respondiera a la siguiente pregunta: ¿hay alguna ‘cosa’ que ‘me gusta’ y, sin embargo, no la entiendo? No quiero ser cursi, pero el aroma de las flores silvestres del campo al comenzar la primavera; el sonido del agua que golpea las piedras de un arroyo como ‘el Mediano’ en pleno invierno; sentir cómo los rayos del sol entran entre cristales cuando leemos junto a la ventana al caer la tarde; la textura de una hoja de papel de arroz... En fin podría seguir enumerando cosas y cosas que me fascinan, y no las entiendo, por no hablar de personas...

Desde que la pintura renunció a ser una copia plana de la realidad, desde que lo pictórico se alejó de imitar con precisión geométrica eso que llamamos mundo, el arte se ha revestido de una cierta ininteligibilidad que le ha costado una desconexión con el espectador. El tránsito de la figuración a la transfiguración y a la abstracción quizá sea algo más que un mero síntoma de un mundo en cambio constante, tal vez sea algo más que un indicio de que cierto modo de vida ha entrado en crisis. La quiebra de un modo tradicional de hacer arte es, sin duda, el correlato de la quiebra de un modo de vida. Sin necesidad de ponernos dramáticos, los artistas han sabido captar esas nuevas situaciones y han generado nuevos lenguajes que las expresan.

Si nos negamos a emprender una relación con nuestro arte contemporáneo estaremos condenados no sólo a la incompreensión de aquello que nos rodea, sino al silencio y a la soledad de quienes consideran que la única mirada que merece la pena es la propia, es decir, nos convertiremos en una especie antisocial, antipolítica, antilógica, antiestética, porque la sociedad, la ciudad, el pensar y el sentir requieren para su verdadero despliegue de otras miradas además de la propia.

Así como nuestra vida, para ser vida buena, requiere de ‘orientación’, es decir, de un punto de referencia que nos permita alinear todo nuestro existir -

eso es el sentido del *oriens*, punto del que viene toda luz, lugar del sol naciente-, la condición humana no puede ni desoír ni despreciar las miradas ajenas. Éstas pueden tener la virtud de poner en crisis nuestro mundo, pueden ser elementos que nos permitan ahondar y mejorar nuestra propia visión de la realidad.

Vida y crisis han sido el alimento que ha hecho del arte en la historia de la humanidad una herramienta excepcional. El arte es, al mismo tiempo, un mecanismo para diseñar los fines de nuestra vida y un instrumento para configurar los medios que nos llevan a ese fin. El arte da dirección y sentido, por eso los artistas son personas que tienen no sólo grandes facultades técnicas, sino sobre todo un don: poseen una mirada atenta. Gracias a esa mirada pueden indicarnos a los demás, más allá de las inclemencias del camino, más allá de toda turbulencia, hacia dónde hemos de dirigir nuestras vidas.

Miradas atentas en tiempos de crisis es lo que poseen quienes han practicado una hermosa virtud: el olvido de sí. Uno de los artistas más originales de todos los tiempos, Joseph Beuys (1921-1986) decía que, en cierto modo, todos somos artistas, por lo cual cuando nos olvidamos de nosotros mismos y nos ponemos, cada uno con nuestras artes al servicio de los demás, podremos seguir siendo siempre, en todo tiempo y en todo lugar, una ayuda para que, entre todos, demos a luz tiempos buenos, es decir, tiempos de crisis, y así podamos descubrir lo mejor de la vida, de la vida buena.

La propuesta es, pues, bien sencilla: déjate guiar por unos ojos que no son los tuyos, por unas manos que no te pertenecen; confía en quienes, teniendo delante de sí lo que tú también tienes, descubrieron perfiles únicos en un mundo que compartimos y que, sin embargo, permanecía oculto, incomprensible, velado, en silencio; agrádecéselo porque con su mirada atenta ahora todo ese universo desconocido se muestra en toda su amplitud, en toda su hondura, en toda su hermosura. Su mirada perspicaz e inteligente, aguda y templada nos hace contemplar cómo lo real rebosa.

Josef Pieper (1904-1997) decía que el hombre corriente de nuestro tiempo pierde la facultad de ver porque “¡hay demasiado que ver!”, y que existe algo así como un “*ruido visual* que, al igual que su equivalente acústico, hace imposible una percepción clara. En nuestra época, difícilmente podremos pretender recuperar la mirada interior del hombre a menos que, en primer lugar,

estemos firmemente decididos a excluir pura y simplemente de nuestro ámbito visual visiones vanas y artificiosas”. Cuántas veces nos perdemos entre ruidos y banalidades... Este recorrido por las vidas y algunas obras de estos pintores quiere ser una invitación a recuperar esa mirada limpia, capaz de mostrar al ser humano su verdad, una verdad que habita *in interiore homine*, en ese hombre interior que ha de procurar estar a salvo de los rayos y truenos de cada día.

